



## Capítulo 313 - Una interacción muy extraña

"Oh, claro... claro que era ella", dijo la diosa, poniendo los ojos en blanco, exasperada. Su tono ya no era amenazante; era puro cansancio. "Esa desgraciada siempre está moviendo hilos a nuestras espaldas. Siempre ordenando a la gente volar muros o entrar en santuarios... ¡Como si yo no tuviera una eternidad de tareas más importantes!"

Se pasó los dedos por su brillante cabello blanco, intentando contener la molestia que le latía en las sienes. Suspiró, como quien ya sabía que el día estaba perdido.

Vergil, aún cubierto de polvo en su abrigo, resopló. «Técnicamente, fuiste tú quien rompió el muro, lanzándome con tanta delicadeza...». Se detuvo.

Un escalofrío le recorrió la columna como si le hubieran tirado de un hilo de hielo desde la base del cuello hasta el estómago.

Afrodita seguía sonriendo, con los ojos cerrados, como saboreando el momento.

"Señor sin nombre", dijo con dulzura venenosa, con una sonrisa tenue como una cuchilla. "Si te atreves a decir una sílaba más, juro que te mataré con tal elegancia que hasta el infierno se levantará para aplaudir".

Vergil la miró fijamente por un segundo en silencio... luego dejó escapar un suspiro profundo y cansado.





"¿En serio... por qué sigo metiéndome en estas cosas?", murmuró, abatido. "Tengo tantas cosas que hacer y Paimon todavía me manda a lidiar con una diosa... Voy a estar confinado a los pechos de Zafiro cuando regrese... ¿o a los de Raphaeline?... ¿Quizás a los de Ada... a los de Katharina... a los de Roxanne... a los de Stella... a todos?... Quizás necesito descansar..." Murmuró como un demonio caído; era realmente frustrante, pero tenía trabajo que hacer. Levantó la vista y miró a Afrodita.

Se cruzó de brazos, frunciendo el ceño con impaciencia. "¿Y ahora qué?", gruñó. "¿Por qué me miras así?"

Virgilio levantó una ceja, como si estuviera examinando un cuadro cuya autoría no coincidía con su estética.

—Es que... no sé. —Hizo un gesto vago en su dirección—. Pensé que eras más bien... piel de porcelana, ojos azul claro, cabello dorado o rosa chicle. Ya sabes, un cliché de la mitología pop.



Se encogió de hombros. "Pero pareces... egipcio. O algo así, esa piel bronceada llama mucho la atención."

Afrodita parpadeó, sorprendida por un momento, y luego rió. No fue una risa ligera, sino una risa sonora, casi arrogante, como si alguien finalmente hubiera dicho algo remotamente interesante.

"¿Egipcia?", repitió, sonriendo como quien escucha un cumplido oculto tras una ofensa. "De verdad no sabes con quién estás tratando. Soy el arquetipo de la belleza. Cada época me moldea de forma diferente. He sido rubia, pelirroja, azul, negra, vieja, joven, serpiente, sombra... o, como ahora, un recordatorio de que lo divino rara vez es lo que esperas."



Virgilio miró fijamente los ojos iridiscentes de la diosa durante unos segundos, absorbiendo cada palabra. La intensidad de su presencia era casi abrumadora... casi.

Luego dejó escapar una risa corta y seca y miró hacia otro lado con fingido desdén.

"Arquetipo de belleza, ¿eh?", dijo, rascándose la barbilla como quien tasa un mueble antiguo en una subasta. "Mira... con el debido respeto, o quizás no tanto... Mis esposas son mucho más atractivas que tú."

El silencio que siguió fue tan denso que pareció absorber el sonido de la realidad misma. Las flores marchitas se estremecieron. El aire se volvió más cálido. Afrodita no se movió ni un segundo, como si su cerebro se negara a procesarlo.

Entonces, muy lentamente, sonrió. Una sonrisa tensa y sin humor, como una cuerda a punto de romperse.

"Dilo otra vez, solo para estar segura de que te escuché bien", dijo ella, con su voz peligrosamente tranquila.

Vergil se encogió de hombros, como si estuviera hablando del clima.

"Dije que mis esposas son más hermosas. Más atractivas. Más de todo, en realidad." Empezó a contar con los dedos. "Viviane es puro encanto y elegancia. ¿Katharina? Sensualidad natural. Roxanne es una tormenta. Ada, una pintura viviente. Zafiro... Stella, Rafaelina... Reinas de verdad." Hizo una pausa dramática. "...bueno, incluso mi madre, si la belleza matara, sería un genocidio andante."





La transformación fue instantánea.

La floristería se estremeció. Literalmente. Las enredaderas del techo se retorcieron violentamente. Los jarrones estallaron en polvo y fragmentos. La luz de la habitación se tornó roja por un instante, como si el sol mismo hubiera pasado por un filtro de sangre. Afrodita ahora parecía hecha de pura furia.

"¡INSIGNIFICATIVO!" gritó, y el sonido no era un sonido, era una ola de poder que empujó a Vergil otro paso atrás.

—¡Te atreves! —continuó, con los ojos llameantes como diamantes—. ¿Comparar este templo divino con un montón de mortales que coleccionas como trofeos sentimentales?

Dio un paso adelante, el suelo crujiendo bajo sus pies. Una tormenta de pétalos ardientes la envolvió como un vendaval. "¡Soy la esencia de la atracción, la chispa en los ojos de los amantes, la lujuria de los imperios! ¡Soy la primera tentación de la humanidad, el deseo antes que la razón!"



Virgilio, incluso bajo presión, sonrió. La sonrisa de quien sabe que está metiendo la pata en un avispero solo porque puede.

"Y aun así, ninguna se emociona cuando no la llaman 'la más bella del universo'", dijo, sacudiendo las manos para limpiarse el polvo del abrigo. "Pareces una adolescente rechazada del instituto".

Afrodita se quedó paralizada. Por un instante, simplemente respiró, si los dioses respiran. El tiempo suficiente para que el mundo contuviera la respiración. Entonces dio un paso adelante... y el universo entero pareció inclinarse para ver qué sucedería después. La floristería ya no parecía un lugar terrenal: los colores vibraban demasiado, el aire latía con energía y el mundo parecía contenido en su aliento.

—Claro —dijo ella, con un tono casi sereno, casi... dulce—. ¿Quieres jugar?

Cerró los ojos y levantó una mano, con los dedos extendidos como un director de orquesta a punto de dirigir la más mortífera de las sinfonías.

Un aura suave y dorada emanaba de ella como un perfume, invisible al ojo común, pero densa como una bruma espiritual. Era encanto. Deseo puro y destilado. El don divino que arrastraba corazones a la guerra y reinos al suelo. Cada flor, cada partícula de aire, cada sombra de la habitación se inclinaba hacia ella. Era imposible no notarlo: el universo mismo parecía enamorarse de Afrodita en ese instante.

Virgilio parpadeó.

Y.... nada.

Se quedó allí parado. Con los brazos cruzados. Una ceja arqueada. Un bostezo discreto. El aura dorada se disipó contra él como humo que golpea una pared de acero.

Afrodita abrió los ojos. Su sonrisa desapareció lentamente, reemplazada por un ligero ceño fruncido. "...Mmm. Debió de ser demasiado débil", murmuró, ahora con un atisbo de duda. "Ya no seré tan indulgente contigo".

Se concentró con más ahínco, sus ojos brillaban con fuerza, todo su cuerpo irradiaba lujuria sagrada. Una tormenta sensual inundó la habitación: aromas, luz, ilusiones: bellezas imposibles danzaban alrededor de Vergil, moldeadas por siglos de deseo humano.

Vergil se quitó una pelusa de la chaqueta. "¿Terminaste?"



Silencio.

Afrodita dio un paso atrás.

—...no es posible. —Su voz salió baja—. Eso... eso nunca ocurrió. Ni siquiera los más santos, los más castos... los arcángeles temblaron ante mí... ¿Y tú...?

Ella lo miró como si estuviera viendo algo antinatural. "¿Quién... qué eres?"

Vergil sonrió. No por arrogancia, sino con el cansancio de quien ha enfrentado cosas peores y ya no tiene tiempo para juegos.

"Soy el esposo de las Tres Reinas Demonio", dijo con naturalidad, como si hablara del clima. "Zafiro, Estela y Rafael. Puedo decir que soy el Caballero de la Muerte. Y, por si no lo sabías, ya que no lo sabes... también soy el Quinto Rey Demonio del Inframundo".

Chasqueó los dedos. Una pequeña fisura de oscuridad se abrió bajo sus pies, latiendo con una energía abismal. "¿Qué creías que era? ¿Otro pequeño mortal tonto con un sable bonito y el pecho inflado?"

Afrodita abrió la boca, y la dejó abierta de par en par, sin rastro de su habitual altivez divina. Primero, porque él se había resistido por completo a su seducción. Segundo, porque era descaradamente arrogante. Y tercero...

—¡¿SSS... Zafiro?! —tartamudeó como un animal acorralado, con los ojos abiertos por el pánico repentino.





Vergil se volvió hacia ella con una expresión seca y aburrida. "Acabo de decir eso", respondió con voz monótona. "¿Eres sorda... o simplemente muda?"

La expresión de Afrodita se congeló. Su rostro, momentos antes vibrante y radiante como un amanecer encantador, ahora oscilaba entre la conmoción absoluta y una punzada de puro terror. Retrocedió un paso, como si el nombre «Zafiro» tuviera un peso que ninguna diosa debería tocar.

Afrodita tragó saliva con dificultad, con el orgullo ahogándose en la garganta como un nudo imposible de disimular. Levantó una mano temblorosa y señaló la puerta con toda la desesperada dignidad que pudo reunir.

—Lo siento. Vete —dijo con una sonrisa tensa y falsa, como quien intenta convencer a un oso hambriento de que solo es un arbusto decorativo.

"No quiero que me asesine el... Demonio Celestial solo porque fui, ya sabes... una idiota." Soltó una risita nerviosa, con los ojos abiertos como un ciervo ante los faros de un carro infernal. "Así que, por favor. Hagamos como si no hubiera pasado nada. Puedes salir por esa hermosa puerta, sin ninguna explosión, sin ninguna maldición, y yo me quedaré aquí... con vida. ¿Te parece bien? No pasa nada."

Retrocedió lentamente hacia el mostrador, tropezando con un jarrón roto, manteniendo su sonrisa estirada como una máscara. "Si quieres, incluso te doy un ramo. De disculpas. Con espinas. Mío, incluso."

